

¿PÚBLICO ANTE UN ESPECTÁCULO O PARTICIPANTES EN UNA CELEBRACIÓN?

Peter Seewald, antiguo periodista de la célebre publicación alemana *Der Spiegel*, recuerda en la reciente publicación *Salz der Erde* (versión castellana: *La sal de la tierra*) como el Cardenal Ratzinger ya en 1975 había «profetizado» que la herencia verdadera y completa del Concilio no se había manifestado aún en los primeros años que siguieron a la asamblea conciliar sino que llegaría en su momento, pasados algunas décadas por lo menos. Y tuvo razón el Cardenal. La hora de experimentar y de vivir la totalidad de los frutos del Vaticano II —el buen trigo sembrado por los Padres conciliares, pero mezclado a veces con la cizaña esparcida no ciertamente por el Concilio sino por el hombre enemigo que con frecuencia somos nosotros mismos— va llegando cada día. El Vaticano II, en efecto, no fue ni quiso ser obra para unos pocos años sino que se proyectó como árbol para dar un fruto que perseverare.

Del Concilio —sobre todo de su renovación litúrgica— hace unos años se hablaba con profusión y con gran entusiasmo. La renovación litúrgica se presentaba casi como la panacea de todos los males de la Iglesia y se miraba como el inicio de una nueva era religiosa llamada a dejar atrás todas las otras épocas tildadas, con un innegable triunfalismo, como no poco menos que «obscurantistas». Hoy, pasados más de seis lustros del inicio de la renovación, quizá no se es tan optimista y se experimenta que nuestra situación religiosa y cristiana no es tan brillante como se había soñado. El propio Ratzinger, que en los días del Concilio era un joven sacerdote y el principal mentor del Cardenal Frings en la asamblea conciliar, en la entrevista con Peter Seewald ya citada, confiesa humildemente que «uno de los espejismos en el que no pocos caímos en aquellos

años fue el de haber tenido unas esperanzas excesivas en las posibilidades reales del Concilio y en la abundancia de los frutos que todos los fieles pensábamos recibirían del mismo».

Es preciso reconocer que entre las esperanzas e ilusiones concebidas en los años 65-70 y los frutos reales de renovación que hemos experimentado ha habido una cierta desproporción por lo menos. Esta realidad cruda se da también en el campo de la renovación litúrgica, el fruto sin duda más visible de cuantos ha producido el árbol de la Asamblea conciliar. Reconocerlo con sinceridad puede ser el mejor camino para corregir los pasos andados menos correctamente, para alejarnos de aquellos «triunfalismos» que tanto habíamos criticado frente a los tiempos que nos precedieron y para avanzar por las sendas de una humildad más evangélica,

Cuando en 1963 se promulgaba con entusiasmo y con grandes esperanzas la Constitución de liturgia se soñaba que con este documento se revitalizaría la Iglesia y se iluminaría al mundo. A través de un culto evangélicamente renovado, «se edificaría como templo santo de Dios a aquéllos que estaban dentro y se mostraría a quienes están fuera la verdadera naturaleza y santidad de la Iglesia» (Sacr. Conc. 2). Pasados ya más de seis lustros cabe preguntarse, como lo insinuaba Ratzinger, si las esperanzas de entonces no fueron excesivas, si no se soñó con una Iglesia muy por encima de las posibilidades de quienes en realidad la formamos.

Una de las expresiones más frecuentemente repetidas en el documento conciliar de liturgia y más coreada por los comentarios que, un poco por todas partes, lo orquestaron es el de la *participación activa* de los fieles en la celebración. Esta soñada participación activa constituía una de las mayores esperanzas en vistas a lo que sería la futura celebración cuando se adoptaran las líneas de reforma que se proyectaban en aquellos días. Una participación que se imaginaba y se proponía llena de cualidades: plena, consciente y activa; (Sacr. Conc. 14), fácil (Sacr. Conc. 50); comunitaria (Sacr. Conc. 121); piadosa (Sacr. Conc. 48); interna y externa (Sacr. Conc. 19)...

Hoy podemos preguntarnos hasta qué punto se han realizado estos ideales ¿Puede decirse sin reticencias que hoy la participación de los fieles en las

celebraciones es más plena, más consciente, más activa que hace unos lustros? Bajo algunos aspectos indudablemente sí. El paso del latín a la lengua del pueblo ha comportado, por ejemplo, un aumento innegable de participación, un paso decisivamente positivo en vistas al mejoramiento de las celebraciones.

Pero, en cambio, no nos atreveríamos a decir lo mismo en el ámbito de la participación espiritual. Que hoy los fieles al escuchar, por ejemplo, las lecturas participen más intensamente –es decir hundan su espíritu en la contemplación orante del mensaje de Dios que materialmente escuchan sus oídos– o que al oír los textos eucológicos acojan mejor en sus corazones las preces que oyen, uniendo su espíritu a la plegaria de la Iglesia con mayor piedad que hace unos lustros, pensamos que no siempre es evidente. ¿No es posible que algunos fieles de antes del Concilio rezando sus devociones oraran con más verdad que los cristianos que hoy entienden la lengua pero apenas atienden a su significado? El instrumento de hoy –las lecturas y oraciones litúrgicas en lengua del pueblo– es indudablemente mejor que lo que estaba a mano de los fieles hace unos lustros –las devociones–; pero un medio mejor de poco sirve si no se usa debidamente.

Actualmente los fieles, gracias a la renovación de las estructuras litúrgicas, sobre todo debido a la introducción de la lengua popular en la celebración, *pueden* ciertamente participar mejor; pero de «*poder* participar» a «*participar*» realmente hay un gran trecho. Entrar en cualquiera de nuestras actuales iglesias y comparar lo que allí acontece con lo que pasaba en una iglesia antes de la reforma... no siempre da satisfacción. Los que aún recuerdan las iglesias de hace unos lustros, llenas de fieles haciendo «sus devociones», muchas veces pueden tener la sensación que de antes, pese a la pobreza objetiva de las fórmulas de devoción, se daba una mayor piedad.

En lo externo –cantos, actitudes comunes, respuestas a los ministros– ha habido ciertamente un gran progreso. Pero ¿puede decirse lo mismo de la participación interior o espiritual? Y no puede olvidarse que la propia Constitución de liturgia, ya en mismo su frontispicio, afirma como principio fundamental de toda la renovación, que «lo visible debe subordinarse a lo invisible (Sacr. Conc., núm. 2). Por mucho, pues, que

haya aumentado la participación externa, si espiritualmente hay menos espíritu de plegaria, si la participación interna no es más intensa, objetivamente la participación activa de los fieles queda bastante mal parada.

El Sínodo Episcopal extraordinario convocado en 1985 con la finalidad de examinar la andadura de la Iglesia en sus primeros veinte años postconciliares, al sopesar en concreto los frutos de la renovación litúrgica, hizo esta significativa constatación: «la participación activa de los fieles en la liturgia, tan felizmente acrecentada en el postconcilio, no consiste solamente en la actividad externa sino sobre todo en la participación interior y espiritual» (B,1) ¿No son estas palabras, a su manera, una humilde confesión implícita de que en los años que han seguido al Concilio se ha atendido más a lo externo, mientras el hincapié en la participación interior ha quedado un tanto relegado?

Hoy las estructuras de la celebración son en general mejores que las de antes del Concilio, los libros litúrgicos son más ricos, los formularios de las celebraciones más variados. Nadie puede dudar, por tanto, de que «objetivamente» nuestra liturgia es mejor, más inteligible y más «participable» que la de antes. Pero ¿puede decirse que subjetiva y personalmente los fieles participan más —oran más— en la celebración? Pensamos que no siempre la respuesta puede ser afirmativa.

Un hecho, que quizá pasa inadvertido pero que no deja de tener su importancia, puede ser significativo a este respecto. Situado ahora el celebrante de cara al pueblo, admitida la lengua popular y dado un cierto margen de libertad en algunos gestos y fórmulas, hoy algunos celebrantes tienden a sentirse «dueños» de la celebración que presiden. Fácilmente desean ser «creativos», incluso «intensamente creativos». Cada uno de ellos, según sus propias virtualidades —que por otra parte varían de una persona a otra— desea «organizar» o «recrear» la celebración como si se tratara de un discurso propio. El resultado de ello es que de hecho cada vez se ven a sí mismos menos como “ministros” de Cristo y de la Iglesia y más a la manera de “leaders” de una asamblea..

Con estas actitudes, seguramente sin darse cuenta, las celebraciones se van “clericalizando” (las fórmulas y los gestos que se organizan, so capa de libertad, de espontaneidad y de adaptabilidad, cada vez son más los

gestos y las plegarias personales del que preside que los gestos y las plegarias de la asamblea –de la Iglesia– a quien pertenece la celebración y a la que el ministro debiera simplemente «servir». Ello tiene una consecuencia grave: el pueblo (incluso aquellos fieles que subjetivamente «sintonizan» con el ministro en cuestión), quizá sin darse cuenta, tiende a sentirse cada vez más “público” que “actor”. La participación activa va degradándose y lo que debiera ser la “acción de la asamblea” va convirtiéndose progresivamente en el “espectáculo” o “visión-audición” que contempla un “público” más o menos adicto (o a veces contrario) al que ha “organizado” la celebración.

Para que la asamblea se sienta y sea realmente «cuerpo de Cristo» que unido a Cristo-Cabeza «participa» en la celebración como en una acción común y propia de todos los congregados, necesita un «ministro» que la reúna en la unidad de la celebración común, y con ello posibilite una acción auténticamente eclesial y comunitaria. El papel del sacerdote frente a los fieles, por mucho que la palabra pueda presentar un cierto sentido peyorativo, es en realidad el papel de un «funcionario». Él, en efecto, preside a los fieles, no en nombre propio sino «in persona Christi» (haciendo las veces de Cristo-Cabeza). Lo que al obispo y al presbítero se le ha encomendado no es, ni mucho menos, ser el «creador» de la celebración sino la «función» de «servidor» de la comunidad reunida para celebrar la liturgia de la Iglesia. Por ello se dice de él que tiene un «sacerdocio *ministerial*».

Para que se dé una verdadera «participación activa de los fieles *en la liturgia*» es necesario, pues, que el que preside no celebre nunca ante los fieles como quien realiza “una acción privada” suya sino que, como ministro” o “servidor” de la Iglesia brinde a los congregados la verdadera liturgia de la Iglesia en la que todos los bautizados tienen derecho a participar. Proceder de otra manera es convertir la asamblea celebrante en un “público” que simplemente contempla las acciones privadas de un actor individual. Es en el fondo impedir la verdadera participación de los fieles.– **P. F.**